

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit in istis diebus de alio
quam de pace neminem asertare loqui,
anathema sit.*

Si alguno dijere que en estos dias scier-
ta nadie á hablar ni á escribir de otra
cosa que de la paz, las legiones de Luzbel
ó de Cabrera carguen con su estampa.

CONC. 6. GERUND.

PAX DOMINI SIT SEMPER VOBISCUM.

LA PAZ DE DIOS, SEA SIEMPRE CON VOSOTROS.

Gracias á Dios, Tirabeque; gracias á Dios
que hay esperanzas de que se cierre el templo de
Jano.— Señor, vuélvame yo judío si sé donde es-
tá ese templo, ó si oí en mi vida nombrar seme-
jante santo. A no ser que sea una iglesia que en-

contré abierta el otro día; y con motivo de encontrarla abierta entré allá, y con motivo de haber entrado...—Mira, procura salir luego, porque tenemos mas que hacer.—Voy, señor; pero primero déjeme vd. contarle lo que vi.

Pues señor, estaban haciendo una fiesta á la Virgen, y la Virgen estaba sobre la custodia; ¡qué maja y qué bien vestida estaba, señor! Vaya que se conoce que al tal Galiano le da el naipe para vestir vírgenes.—Qué; ¿se llama Galiano el sacristan? Tú todo lo curioséas y averiguas, hombre: no queda pequeñez que tú no indagues.—No señor, yo no pregunté cómo se llamaba el sacristan, sino que dí por supuesto que la habria vestido el Sr. Alcalá Galiano, el que fué ministro.—¿Tienes gana de burlarte?—Señor, ¿no dicea por ahí que Galiano ha quedado para vestir vírgenes con motivo de no quererle ya en ninguna parte para diputado...?—Vaya; ya me lo parecia á mí; chocarrerias tuyas. ¿Y es eso todo lo que viste?—No señor: lo que vi fué dos niñas como de siete años vestidas de blanco colocadas cada una á su lado de la Virgen para espantarla las moscas con unos mosqueteros.—Mosqueros dirás, que mosqueteros son una clase de soldados antiguos que servian con mosquete, género de escopeta mayor que la ordinaria.

En lo demas tienes razon, Pelegrín; tambien yo lo he visto. Eso fué en la iglesia del ex-convento de la Pasion. Por cierto que me hizo gra-

cia la ocupacion de las dos tiernecitas espantamoscas, y el modo nuevo y original de obsequiar á la Virgen, de cuyo obsequio mosquil es bien seguro que no se hablará en el Devocionario del P. Ripa ni en la *Mosquéea* de Villaviciosa.

Pero ni aquel es el templo de Jano, ni pienses que Jano es algun santo mártir ó confesor de la fé de Cristo.—Sería apóstol, señor.—No tienes tu mala cabeza de apóstol. Jano fue el primer rey de Italia, el cual despues de muerto fue adorado como una divinidad, y Rómulo le construyó y dedicó un templo, cuyas puertas en tiempo de guerra estaban siempre abiertas y luego que se restablecia la paz se cerraban. De modo que alli para significar que se gozaba de paz se decia: «el templo de Jano está cerrado:» y cuando se queria decir por ejemplo: «llevamos seis años de guerra:» se usaba de la frase; «seis años va que estan abiertas las puertas del templo de Jano.»—Señor, acá en España es al revés que allá en Roma; que acá lo que hace que hay guerra se han cerrado una infinidad de templos; y tengo para mí que si las juntas diocesanas no dan trazas de pagar á los curas mejor que hasta aquí (1), se han de cerrar otras muchas iglesias; no por causa de la paz; si-

(1) Suplico á la de Ciudad-Rodrigo no me venga con otra reclamacion, pues hablo en general; y de quejas de párrocos contra las juntas diocesanas están atestados los cajones de la mesa gerundiana.

no por causa del hambre de los curas, y aun de los sacristanes, que eso de mantenerse solo de las hostias de la misa paréceme á mi que deba ser poco apropósito para encender la fé de los sacerdotes; que las almas de los cuerpos que no estan mantenidos siquiera regularmente, ya sean los cuerpos de misa, ya sean cuerpos legos como el mio, deben resentirse no poco de la falta de vigor: ademas que el abad de lo que canta yanta; y créme que si los curas que cantáran las misas en el templo del Sr. San Jano allá en Roma en tiempo de guerra no hubieran tenido otra cosa mas sólida que yantar que hostias romanas, ellos hubieran echado la llave á la puerta de la iglesia sin esperar para ello á que viniera la paz. Y así demasiada virtud tienen los curas nuestros.....

Mira, Tirabeque; no es ahora ese punto el que yo me proponía tocar, sino únicamente decirte que segun todas las voces, noticias y señales, parece se acerca el suspirado dia de ver cerrado nuestro templo de Jano ó sea el dia de la paz.—Señor, vd. dirá lo que quiera; pero yo sospecho que siempre nos ha de quedar abierto algun portillo del templo, ó alguna puerta falsa que vaya á la sacristia ó al coro; porque segun mi escaso y oscuro modo de ver, se me ha puesto acá en el magin que aunque se cierre la puerta principal, cuando se trate de cerrar los otros portillos..... porque el templo ese no tendrá una

sola puerta, señor.—Doce nada menos tenía el de Roma según Macrobio....—Pues vele allí, señor; milagro será que cuando se trate de cerrar las puertas cisóries no nos encontremos con algunos estorbillos en los agujeros de las llaves ó de las cerraduras. Y así pienso que será mejor contar con no verle cerrado del todo en mucho tiempo.

De todos modos, Pelegrin, tal es la necesidad, y tal el deseo general de la paz (entiéndase siempre que hablo de una paz decorosa y noble; pues de otra clase ni sería admisible, ni aunque se admitiese al pronto, podría ser duradera), que quisiera que no se nos cayese nunca de la boca la palabra *paz*: que la adoptáramos para los saludos, de forma que cuando entrásemos en alguna casa, dijésemos como antiguamente: «paz sea en esta casa»: que cuando encontráramos en la calle algún conocido en lugar de decirle, «beso á vd. la mano» le saludásemos con el *pax tecum* del papa Inocencio III; ó diciendo: «la paz sea con vd.» como acostumbraban también á saludar los hebreos: y que en vez de darle la mano en señal de amistad, le diéramos el ósculo de paz.—Señor, eso último no podría pasar sin muchas escepciones, porque es menester tener en cuenta la diferencia de sexos y edades; que tal rostro se podría presentar á quien se pudiese dar sin repunancia no digo un ósculo sino mil, y tal otro que se pre-

feriría un año de guerra á arrimarle los labios.

Siempre has de respirar por la herida, hombre. En fin los eclesiásticos no tenemos sino repetir en la calle lo que decimos al final de la misa : «*Pax domini sit semper vobiscum* : la paz de Dios sea siempre con vosotros.» Señor, ó como en las misas de *requiem* que es mas breve : «*requiescant in pace*, hermano.»—Hombre, eso huele á cosa de difuntos; pues mira que el saludo seria fino.—Es que asi no saludaría mas que á los carlistas, señor.—Vaya, vaya; *déjame en paz*: no se puede hablar contigo. Y prepárate y vámonos á ver la apertura de las Cortes que ya va siendo hora.

Apertura y apreturas.

Llegó, amados oyentes míos; llegó el día tan impacientemente aguardado de la apertura de las córtés ordinarias y canículas de 1839. Y digo *canículas*, porque no pueden menos de serlo unas córtés que empezaron á ser nombradas el primer día de la canícula, y que se han abierto el último día de la canícula (1). Las elecciones de estas córtés se hicieron bajo la influencia de dos constelaciones, *la canícula* y *Carramolino*; es decir, bajo dos canículas, celeste la una y terrenal la otra. Elijan.

Pero ello es que llegó este día de esperanzas y temores: este día para el que estaba anunciado el desenlace de esos misteriosos sucesos: y aun la insinuacion, ya que no la revelacion oficial de esos grandes planes que han traído estos días trastornado el juicio de todos, tirios y troyanos,

(1) Véase el almanaque.

romanos y cartaginenses, grandes y niños, senadores y lavanderas. Habíase anunciado también que todo sería mas suntuoso en esta apertura que en otras; que las Reinas irían esmeradamente ataviadas; que los trajes de ceremonia de las damas y gentiles hombres de servicio, las libreas de los lacayos, y aun los adornos de los caballos de tiro, todo sería nuevo y del mayor lujo y vistosidad. En su consecuencia, y con arreglo á la ley de la armonía y de la buena consonancia, Tirabeque habia estrenado también sombrero nuevo como si fuese un diputado recién venido. Nada de consiguiente iba á faltar á la suntuosidad del acto.

Aunque SS. MM. no habian de salir del Real Palacio hasta las dos, no obstante desde las once de la mañana que se abrieron las puertas del congreso (y lo mismo fuera que se hubiesen abierto á las seis) fué tal la afluencia de los convidados y convidadas que se agoljaron á entrar á *coger sitio* en las tribunas reservadas, que los que llegaron á las once y cuarto ya encontraron cada tribuna hecha una cesta de peces, entre los cuales no dejaba de verse tal cual trucha á quien se podía muy bien echar el anzuelo, ya que no la red barredera. El sistema que allí dominaba y por el que se veía pronunciada la opinion, era el de *acomodamiento*: todo el mundo suspiraba por acomodamiento; pero lo bueno que tenia que no se conocían tucros: Muñagorri hubiera llevado allí un

tercer desaire: allí el que mas partido tenía era un tal *primo capientis* (1). Y á pesar de todos los esfuerzos que cada portero hacia para conseguir el general acomodamiento, quedábanse muchos cuerpos fuera, como me temo que le ha de suceder á Maroto. Asi es que unos se desertaban ó pasaban á otras filas como el coronel de húsares de Arlaban, y otros hostilizaban á los acomodados como los sublevados de Vera. Y en verdad que aquellos callejones, encrucijadas, desfiladeros, tortuosidades y revueltas del palacio del congreso me representan á mi el áspero y quebrado terreno de las provincias vascongadas, de forma que se puede decir que el palacio está construido en vascuence. Para entender el órden y correspondencia de cada tribuna es menester estudiarlas por principios, y aun para esto se necesita una gramática particular y difícil, porque casi todas son irregulares como las conjugaciones de los verbos auxiliares franceses.

Como cada tribuna estaba señalada con una letra inicial mayúscula que correspondia á la letra del billete de cada convidado, que era la consigna de las colocaciones, todos andaban buscando su letra; y habia persona que recorria todo el alfabeto sin encontrar la suya. El congreso de

(1) Es decir, un gefe llamado *el primero-que-pesque*.

los sabios estaba hecho por aquella parte una escuela de primeras letras en que los convidados leían como niños principiantes trastocando su órden, y pasando de la *A* á la *F* de la *C* á la *J*: los maestros eran los porteros.—«Diga vd., portero; ¿donde está la *D*?—La primera á la derecha; señora.—Portero, la letra *H*?—Suba vd. por esa escalera, y enfrente la encontrará vd.» Este método de enseñar á leer no era en verdad conforme al sistema lancasteriano, pero era el que allí convenia: la letra de Fr. Gerundio era la *X*, la que suele jugar de *incógnita* en las matemáticas: y á lé que mas fácil *fuera despejar* cualquiera *incógnita* en el mas complicado problema matemático que despejar la tribuna *X* en el Congreso. Decían que era la mejor; por eso habria sido la mas pretendida.

Yo me divertía en ver cruzarse arriba y abajo, á izquierda y derecha los cesantes de tribuna, especie de escedentes, que sobraban de los empleados tribunicios y que andaban como todos los cesantes, oliendo una vacante y enseñando su billete de opción, ó como quien dice, la propuesta de la direccion. ¡Boberia! Los sitios se habian tomado *per saltum* como da ahora el gobierno los empleos. Aunque reinaba por aquel pais la mejor armonia, no dejó de haber tambien sus *rompimientos*. Y sinó que lo diga una hermanita que subiendo apresuradamente una escalera encontró detecida la guarnición de su enagua.

por el pie viejo de un senador nuevo que bajaba, el cual le hizo un giron, especie de estribo por el cual podía caber muy bien el pie del Hombre gordo. El hermano aunque viejo se conocia que era hombre *de rompe y rasga*. En esto no mostraba pertenecer al cuerpo *conscruador*. Al otro lado vi enredarse una mantilla de tul blanca en el boton de la casaca de un general retirado, y quedar preso de él un gallardete de mantilla como último trofeo de sus glorias militares; y hombre hubo que por bajarse á coger un abanico caido se vió envuelto y arrollado por fuerzas superiores que le acometieron bruscamente por retaguarda, puesta en desórden toda su ropa, y despues de haber llevado algunas contusiones, tuvo que abandonar el objeto de su movimiento, cuyo barillage fué demolido por los pies de los invasores como los fuertes de Tales.

Pero salgamos por un rato del Congreso, que tiempo hay hasta las dos de volver á él, y vengán vds. conmigo un rato á la carrera, que no les ha de pesar. ¿No les dá á vds. gusto ver esa inmensa y lucidísima concurrencia en calles y balcones? ¿No se gozan vds. de ver la alegría de la esperanza pintada en los semblantes? En pocas aperturas dicen que se ha visto tan universal animacion. Pero la diferencia mas notable, segun todos, es la que formaba la frialdad, el indiferentismo y aun el disgusto de las gentes en la apertura de la última legislatura, con el gus-

to, el interés y la animación que se notaba en la presente, y que formaba un contraste como el de un entierro y una boda. Ya se vé; tal ha variado las circunstancias. El año pasado Espartero se paseaba de Haro á Logroño, y Fr. Gerundio censuraba sus paseos ordinarios; hoy el duque de la Victoria duerme en Oñate en la cama del Pretendiente, y Tirabeque le dedica gozos y panegiricos. El año pasado el miedo ó la malicia hizo venir las tropas de Narvaez á abrir las puertas del templo de las leyes, y este año una justa y merecida confianza en la benemérita milicia nacional y en la escasa tropa de la guarnición les había encomendado el orden y tranquilidad de la población y la solemnización del acto sin la intervención de otras fuerzas: y sobre todo el año pasado se hallaba Fr. Gerundio preso en Carabanchel por obra y gracia del *Supuesto Tío Vivo* (1), y este año se lamta suelta por las calles de Madrid observando á todo viviente para gerundiar á quien conviniese. ¿Qué había de suceder sino estar el año pasado todo muerto y todo triste, y este año todo alegre y todo vivo?

¡Hola! Ya se oyen los cañonazos: esto es que salen ya SS. MM. En efecto ellas son. Hélas ahí las dos Reinas, objeto del amor y de las espe-

(1) Habrá hombre que haya empezado á suscribirse este mes, y no sepa que el *Supuesto Tío Vivo* equivale al llamado Marqués de Monte-Vieja.

ranzas de los españoles..... «Señor, señor, toda la mañana buscándole á vd. sin poderle encontrar; creí que se me había vd. perdido.» Era Tirabeque que se apareció en aquel momento crítico. Me alegro que hayas llegado á este tiempo, Pelegrín. Amigo, no nos han engañado en el lujo y ostentacion con que nos digeron se presentaria el real cortejo.—Deje vil., señor, que no veo de tanto oro como veo.—Ya empezamos. ¿Con que no ves de tanto ver?—Señor, como soy tan rubio, y rebirbéra el sol en el oro de los vestidos, parece que se me conturba la vista. ¿Son ministros todos esos que van ahí á pie y sobre los coches, señor?—Son los cocheros y lacayos, hombre, que han estrenado hoy libreas nuevas, así tan cubiertas de galonaduras de oro como las ves. Pero lo que mas chocaba á Tirabeque eran los sombreros nuevos de tres candiles á manera de aquellos velones de tres mecheros que se encienden en las casas ricas de las aldeas colgados de un garfio del medio del techo en noches de gran saráo: de cuyas puntas laterales colgaban dos borlas de oro, que parecian las mechas encendidas de las dos candilejas; la punta delantera no tenia borla, ó á aquel mechero no la habian puesto, ó se le habia consumido ya la torcida: y las escarapelas estaban atrás: vice-versa escarapelario y candilero que mostraba el españolismo de aquellos sombreros de retroceso.

No le llamaban menos la atencion los sober-

bios penachos de los caballos, no tanto los de color de rosa de los seis caballos castaños que tiraban del coche de plata y nacar llamado de respeto, como los azules-cristina de los ocho blancos que arrastraban el de SS. MM. «Señor, me decía Tirabeque, ¡qué orgullosos van los caballos y qué llenos de vanidad! ¡Cómo saben lo que llevan!— Los caballos y los hombres tontos, Tirabeque, son los animales que mas se pagan de las galas y arreos.

A veces los uniformes viejos de los guardias de corps que se interponian entre los coches no dejaban ver los vestidos nuevos de los lacayos. Cuando pasaron SS. MM. por frente de nosotros le dije á Tirabeque: «Pelegrin, repara bien en las ricas coronas que llevan las Reinas, no te se escapen los preciosos aderezos de brillantes y demas lujosas preséas, sin dejar por eso de observar los magestuosos vestidos recamados de plata y demas suntuosos atavíos: despues no digas que te has quedado sin ver nada.—Señor, precisamente se me ha puesto delante esta andrajosa de esta vinda, que apenas me deja ver; pero aqui por entre las largas barbas de este retirado diviso aunque imperfectamente todo lo que vd. me dice.—Pues anda, ahora vamos corriendo otra vez al Congreso á ver la *Sesion Regia*.

Fuimos en efecto, y llegamos antes que la régia comitiva. Mi Paternidad tuvo el honor de ser colocado en la tribuna fronteriza al trono de las

Reinas, al lado de las autoridades.... iba á decir «y de ciertas autoridades;» pero me acuerdo que una de ellas me suplicó al salir que por Dios no dijera nada de las *autoridades*, y quiero deferir á su tierna súplica. Tirabeque no entró; no era regular; se quedó atisbando por entre la puerta. Y desde allí no cesaba de llamarme la atención diciéndome en voz baja: «Señor, desde aquí estoy viendo una burajita de diputados, que si los que examinan las actas son hombres que cumplen con su deber, parece que dentro de tres dias no han de ser ya diputados.»—Calla, imprudente.—Señor, señor.—Otra vez, hombre?—Aquel de aquel lado tiene cara de diputado por soborno.»

Hubiérame comprometido el hablador de Tirabeque sino hubieran entrado tan pronto las augustas personas, y seguidose el mas profundo silencio. *La inocencia y la amabilidad* se sentaron en el trono que les estaba preparado, y previas las ceremonias de costumbre, la augusta Gobernadora dió principio á la lectura del *Discurso del Trono*. Como fogueado ejército que colocado frente al enemigo espera la señal del combate para acometer, destrozar, desordenar y perseguir las enemigas huestes, así esperaba el pueblo madrileño el párrafo del discurso relativo á esperanzas de próxima paz, para tirar al alto los sombreros, romperse las costillas á abrazos, organizar fraucachelas, constituir comilonas, arre-

glar el presupuesto de fonda, dejar temblando las tiendas de andaluces y ultramarinos, armar por todas partes la de Dios es Cristo, y que anduviera un *gaudeamus* que se meara Dios por un botín. Tirabeque á su puerta con un oído como un javalí no pudo contenerse sin decirme: «Señor, en un tris está ya el saber si la levanto ó no la levanto.»

Mi paternidad muy reverenda tambien esperaba, no una revelacion esplicita de las negociaciones de paz que pueda haber pendientes, pero si una insinuacion tal como la prudencia y circunspeccion exigen en estos casos y en la naturaleza de estos documentos. Pero el discurso seguia, y el parrafito no llegaba; continuaba el discurso, y el parrafito no venia: proseguia la lectura del discurso, y no parecia el parrafito: seguia mucho discurso, mucho discurso.... ¡quién sabe cuanto discurso seguia! y el parrafito no se veia venir. Continuaba otro poco de discurso.... ¡Ay qué cuenta tan estrecha tiene que dar á Dios el ministro que redactó el discurso de lo mucho que hizo leer á la amable y bondadosa Cristina! Toda la bondad de esta Señora se necesita tener para llevar en paciencia tanto discurso! Pues señor, como digo, el discurso seguia seguia por sus trámites regulares... hasta que por fin se acabó el discurso; pero el parrafito..... sí; aguarda por el parrafito, ¡cosa mas particular! Se le habia olvidado al escribiente copiarle del original

quando le puso en limpio, y con esta misma falta han salido despues los ejemplares impresos.

Un frio como de terciana se apoderó de los corazones de todos, y los proyectos de franca-belas, comilonas, fondas, andaluces y ultramarinos fueron retirados para tiempo mas oportuno, solo por la falta del parrafito. Concluida la sesion en el modo y forma que las sesiones régias concluyen, SS. MM. salieron del salon y regresaron con la régia comitiva al Real Palacio en el mismo orden en que habian verificado su venida.

En cuanto al discurso de *los treinta y siete párrafos*, y sin el parrafito, veremos de decir algo otro dia, ya que hoy no nos lo permite la cortedad de nuestro periodiquillo. Entretanto mi Paternidad solo añadirá hoy, que el único parrafito bueno que en él encuentra es el en que dice S. M. *«Por lo que á mi toca, á nada me he rehusado de cuanto he creido podria contribuir al bien de los españoles. A nada me rehusaré en adelante. Mi gloria se cifra en que mi nombre vaya inseparablemente unido á la felicidad de este pueblo heróico y generoso.»* Y aun la insercion de este pensamiento tengo entendido no se debe á ningun ministro, sino á propuesta explicita de S. M. No obstante, si Fr. Gerundio hubiera sido el ministro redactor, no hubiera escrito: *«A nada me he rehusado»* y *«A nada me rehusaré.»* Sino: *«Nada he rehusado»* y *«Nada rehusaré:»* porque así lo aconseja la propiedad de la lengua. Estos

son reparillos gramaticales que en un documento tan interesante no podian dejar de llamar la atencion gerundiana; y bien pudieron los ministros del discurso haber tenido presente *que le iba á leer Fr. Gerundio.*

El salto de Tirabeque.

Ven, Tirabeque mío; ven, lego salado y salitroso; ven y dame un ósculo y un abrazo, y en seguida baila abí un paspié ó una pastorela ó solo de rigodon ó minné afaudangado, ó una figurita de baile inglés, ó una jota aragonesa, ó unas boleras castellanas; en fin aquello que tu poseas con mas perfeccion ó á lo que seas mas inclinado.—Señor, tanto me da una clase de baile como de otro, porque yo todos los poseo igualmente, aunque igualmente no poseo ninguno ni tengo mas posesion que la aficion que tengo; porque en los bailes, mi amo, pienso que hay que contar con dos cosas, que son la posesion de ellos, es decir, lo que se llama baile, y la aficion de cada uno á lo que se llama baile tambien. Lo que es por parte de la aficion ó inclinacion, como quiera llamarse....—Anda, lego morlaco, déjate ahora de nombres ni calabazas, y levanta esa patita luego, luego, y difunde la alegria por todos los ángulos de la peninsu-

la.....—¿Pues qué hay, señor?—Con que no sabes la novedad que hay?—Señor, no sé nada.....
 ¿Pero es gorda?—Pues no ha de ser gorda, hombre!—¿Cómo el *Hombre gordo* señor?—Mas que el *Hombre gordo* todavía.—Señor, dígamela vd. y si lo merece, yo daré un brinco, aunque me rompa la cabeza contra el cielo.—Hombre, no es esa es demasiada altura.—Contra el cielo raso de la celda, señor.—Eso es otra cosa. Pues bien, Pelegrín, escucha y baila.

Sábetete pues, que *Maroto con 21 batallones castellanos, vizcainos y guipuzcoanos se ha pasado á nuestras filas y reconocido todos el gobierno de Isabel II.*—Señor! gorda es, así Dios me salve. ¿Pero es cosa positiva, señor? ¿O tendrá que andar despues *la rebaja*?—Tan positiva, Tirabeque, que puedes desde luego alzar la patá y dar un solemne brinco, aunque te rompas la cabeza contra el techo, que yo te garantizo, no te dé cuidado.—¿De qué me garantiza vd., señor? ¿De la rompedura de la cabeza?—No, hombre, de la certeza de la noticia.—Pues señor, sea lo que quiera, allá va. Arriba, Pelegrín.....

Señor, haga vd. el favor de mirar á ver si me he roto algo, que ya he sentido tropezar la cabeza en una cosa dura que me impidió subir mas alto, y supongo que sería el techo: y ténome no se me haya abierto el cráneo.—Pero hombre, si te faltaron mas de cuatro varas y media para llegar al techo: si apenas levantaste del

suelo como cosa de una cuarta escasa...—Bien podrá ser, señor; porque yo al tiempo de saltar cerré los ojos y no sé hasta qué altura subiria, pero á mi me pareció que habia tropezado en el ciclo raso, y aun sospeché si habria abierto en él una clariboya.—Nada, hombre, nada; no hubo novedad. Ahora debes dar otro salto á ver si subes algo mas arriba.—Señor, vd. perdone; que para esta noticia basta este salto: porque tengo para mí que aunque ella es gorda y de buena calidad, todavia, como he dicho en el cuerpo de la capillada, quedau abiertas algunas puertas falsas del templo del señor San Jano: deje vd. que se vayan cerrando, como lo espero en Dios y en la bienaventurada siempre virgen Maria, y en los santos apóstoles Espartero y Maroto, y entonces ya daré yo mas saltos que un bolatinero. Y por ahora vaya vd. aflojando la mosca para ir por un piscolabis, que me parece que bien merecido lo tengo.—No, no, Pelegrin, que te podrás emborrachar, y eso no viene al caso, ni lo puedo permitir.—Señor, bajo mi palabra de honor le ofrezco á vd. no coger por hoy mas que una *media chispa*.—Hombre, eso...—Ande vd., señor, déjese de reparos, que una media chispa en un lego á nadie le puede parecer mal; si fuera en vd. ya sería otra cosa.—Anda con Dios, hombre; anda con Dios, y coge media, y aunque sea tres cuartas de chispa.

